



La Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

MARÍA ANTONIETA

Era hija esta infortunada reina de Francia, de la emperatriz Maria Teresa de Austria. Nació en 1755, y en 1770 se casó con Luis XVI, entonces duque de Berry. Las fiestas de su matrimonio fueron turbadas por graves accidentes. Apenas subió al trono en 1774, esta princesa fué objeto de toda especie de ataques, y en el momento de la revolucion, de las más violentas prevenciones á causa de sus relaciones con los enemigos del nuevo orden de cosas. María Antonieta quiso compartir



María Antonieta.

con su esposo las desgracias de la suerte; como él se vió insultada y amenazada el 5 y 6 de Octubre de 1789; le acompañó en su fuga y fué conducida con él á Paris cuando la prision de Varennes. Encerrada en el Temple y luego trasladada á la Conserjería despues de haber sido separada de sus hijos, vióse al fin condenada á muerte por las acusaciones más infames y calumniosas; subió al cadalso el 16 de Octubre de 1793, sufriendo sus horribles desgracias con la mayor y más heroica resignacion que únicamente pudo inspirarle y sostenerla la religion.

CARTAS DE DOS MUÑECAS.

LA CRIADA DE ESMERALDA A ROSITA.

Me alegraré que al recibir de esta se encuentre V. con la mas cabal salud que yo para mí deseo. La mía es buena, á Dios gracias, para lo que guste mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad. Sabrá V. como Esmeralda está fuera de Madrid con los Señoritos, y por eso no puede contestar á su carta, lo cual que al marcharse dejó olvidado un cacho de papel, que se le envió á V. porque me parece que es una parte de las cartas que á V. la escribía. Sin mas por hoy rasba V. el corazon de esta, su segun servidora que lo es = Celipa Hortos criada de Esmeralda.

CONCLUSION DE LA CARTA SEXTA. (1)

- ¿Y entonces vió que eran animales?
- Si, hijo mio.
- ¡Qué gran descubrimiento! Le valdria muchos honores.
- Al contrario; porque como venia á echar por tierra opiniones sumamente autorizadas, le hicieron la guerra los sabios equivocados y le trataron con bastante dureza, hasta que, pasando tiempo, como la verdad tarde ó temprano vence al error, tuvieron que confesar su equivocación.
- ¿Y hay coral en todos los mares?
- En todos los mares existen madreporas y políperos que pertenecen á la misma familia de animalillos; pero el verdadero se encuentra únicamente en el Mediterráneo.
- ¿El verdadero es el rojo?
- No; tambien le hay blanco y negro.
- ¿Pero la forma es la misma?
- Son infinitas, hijo mio, y á cual

(1) Véase la página 78.

mas caprichosas; ya parecen troncos de árbol, ya abanicos, ya astas de ciervo, ya encajes con ricos dibujos. Es admirable la variedad y la rapidéz con que esos pequenísimos animales construyen arrecifes y bancos extensísimos, que cubiertos más tarde de tierra vegetal, constituyen islas, como en el mar Pacífico hay más de ciento cincuenta.

- ¡Qué grande es la naturaleza!

- ¡Qué grande y sabio es su Creador!

Esto que tú y yo decimos lo he repetido mil veces esta tarde al leer el trabajo de que os he hablado del Sr. Vega, y no he querido que ignoráseis sus curiosas noticias...

Ya lo sabes, Esmeralda, me ha dicho Gracita; ya puedes escribirselo á tu hermana para que vea cómo nuestro querido papá nos enseña cosas tan bonitas.

A. P. C.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL PRISIONERO

- Cómprame una jaula de alambres de oro; cómpramela presto, querida mamá, que en ella pretendo guardar mi tesoro, el pájaro bello que en mi mano está.

Cogile en su nido, feliz, descuidado, y dos más que habia huyeron de allí; mas éste no pudo, y de hoy á mi lado nada ha de faltarle, le quiero feliz.

Yo buscaré el grano que monde su pico; yo le haré entre flores la vida pasar, y no habrá regalo que siendo yo rico, no le proporcione, no le haga gozar.

- Bien, hijo querido; tan noble deseo te juro que en breve cumplido verás; compraré la jaula, y ella, segun creo, será el dón postrero que de mí tendrás.

Alcalde rumboso del pueblo en que vives, pretende á los niños felices hacer, y de su largueza hoy casa recibes. y en ella mil bienes os quiere ofrecer.

Tendreis por vestidos las telas mejores; de ricos manjares harto el paladar; y juegos y cantos y aromas y flores, mas siempre encerrados allí habeis de estar.

- ¿Y tú?

- Yo, hijo mio, iria allí en balde;

falta no te hago; nunca me has de ver.

—¡Ay! ¿Y esa es la dicha que el señor alcalde á todos los niños nos quiere ofrecer?

Que guarde su casa, que guarde su oro...

¿Cómo hacer felices los niños pensó, si cruel les quita su mayor tesoro, la madre amorosa que el cielo les dió?

—Repara que es esa la dicha sin tasa

que á ese pajarillo ofreces tambien; él tenía padres y hermanos y casa, aunque pobre nido, para él un eden.

Miró el niño el ave que tiembla y se agita, dejola en los aires dichosa volar, y dijo entre lágrimas: —¡Ay! Madre bendita, qué ejemplo tan grande me acabas de dar!

¿Qué valen riquezas y bienes pagados, á cambio del santo dichoso calor que da el hogar propio, y en él encerrados de madre amorosa los besos de amor?

JOAQUINA BALMASEDA.

Madrid, Diciembre de 1877.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA ⁽¹⁾

S.^a DE R. ¿Estais solas, hijas mías? ¿Y los niños?

JULIA. No sé, mamá; los estamos esperando.

S.^a DE R. ¿Por qué no habeis entrado á ver á Elvira?

PAQUITA Porque..... porque esperábamos á Pepito.

ESCENA VI

Dichos, los SRES. DE GARCIA.

S.^a DE G. ¡Mis queridos amigos!

SR. DE G. Me alegro, como siempre, de esta visita, y aprovecho esta ocasion para demostrar á estas niñas nuestra gratitud y ofrecerles un pequeño recuerdo de nuestra enfermita. *(Busca por todas partes el juego de ajedrez y el tintero.)* ¡Es extraño! Habia puesto aquí una caja y un tinterito para Paquita y Julia.

S.^a DE G. ¿No son estos?

SR. DE G. Sí, es verdad... Tomad, hijas mías; vuestros papás os permitirán aceptar una pequeña muestra de un gran cariño.

SR. DE R. Amigo mio, mis hijas pueden acep-

tar desde luego un recuerdo de una afeccion tan... ¡Caramba!

SR. DE G. ¿Qué es eso?

S.^a DE R. ¿Qué lástima!... ¡Están manchadas las piezas!

SR. DE G. ¡Manchadas! ¿Quién se ha atrevido á enredar con ellas? No quisiera más que saber quién ha sido el gracioso... Trae, Julia, yo compraré otro; esto no es digno de vosotras. Pero ¿qué tienes, Julia? estás temblando.

S.^a DE R. Y tú tambien, Paca, ¿qué teneis? Nunca os he visto así. ¿Con que os hacen un regalo, y en vez de dar las gracias os poneis á temblar?

JULIA. Mamá... es que...

S.^a DE R. ¡Acaba!

JULIA. Es que... la tinta... las piezas manchadas... La verdad: tenía miedo... es decir, temíamos que la... *(No sabe qué decir, y avergonzada y temblando se echa á llorar y lleva á sus ojos el pañuelo lleno de tinta.)*

S.^a DE R. *(Con severidad.)* Vamos, ya adivino la causa de tu llanto: habeis sido curiosas y mal educadas, y por coger una cosa que no os habian regalado aún, habeis vertido la tinta en el ajedrez.

PAQUITA Yo le aseguro á usted que...

SR. DE R. ¿Que no lo habeis hecho adrede? ¡No faltaba más!

PAQUITA *(Llorando tambien.)* No ha sido ella.

SR. DE R. ¿Habeis sido las dos? Ya lo sé.

SR. DE G. Despues de todo, no vale la pena. Un momento de curiosidad y de torpeza no es una falta irreparable, y la prueba es que, Dios mediante, mañana estará enmendado todo.

SR. DE R. No, amigo mio; yo le ruego á usted que retire su regalo; las niñas merecen ser castigadas y lo serán.

ESCENA VII

ELVIRA, apoyada en el brazo de PEPITO y sostenida por MANUEL y ANDRES, llegan muy despacito y la sientan en un sillón.

SR. DE G. ¡Hija mia!

S.^a DE G. ¿Qué sorpresa!

ELVIRA. ¡Tenía tanta gana de ver á todos reunidos! *(Julia y Paquita se abrazan á Elvira llorando.)*

ELVIRA. *(Asustada.)* ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Qué teneis?

SR. DE R. Que estas niñas, por una indiscre-

(1) Véase la página 311.

ción imperdonable á su edad, han estropeado el juego que tu papá...

PEPITO. ¿Cómo? ¡No hay tal! Dispénseme usted; he sido yo; ¡soy el único culpable!

PAQUITA. Gracias, Pepito! Queriendo limpiar el juego manchamos nuestros pañuelos, y no encontrábamos razones que nos justificaran.

ELVIRA. Yo tambien te doy las gracias, Pepe; tu generosa confesion me hace olvidar lo que he sufrido por tí.

PEPITO. No temas, hermana mia, que man-

che jamas mis labios con mentira.

SR. DE G. Hijo mio, todos estos niños te agradecen tu generosidad y te quieren más.

TODOS. Sí, sí.

SR. DE G. Dios ha querido, para corregirte, que conocieses el daño que puede causar una mentira y el bien que puede lograrse con la verdad.

PEPITO. No lo olvidaré jamas. *(A los niños.)*
Trápala ha muerto.

TODOS. ¡Viva Pepito!

FIN DE LA COMEDIA.



Aventuras del Baron de Munchausen.

AVENTURAS

POR MAR Y POR TIERRA

DEL BARON DE MUNCHAUSEN

IX

De como el Baron, desarmado, se vió acometido de un terrible oso, y de la ingeniosa manera con que le destruyó.

Una tarde salíme paseando
harto ya de aventuras y proezas,
el ánimo esparciendo y recreando
por altos montes y ásperas malezas
la natura admirando;

porque en esto de ciencias naturales
tengo conocimientos especiales.

En cada piedra, en cada hierbecilla
iba sus propiedades descubriendo:
que no existe en el mundo maravilla
que entienda nadie como yo la entiendo.
Estaba examinando muy contento
de pedernal dos trozos, y agarrándolos
observé que chocándolos
cien chispas despedían por momento.
Era aquello precioso;
yo estaba alegremente distraído,
cuando de pronto percibí un gruñido.
Alcé los ojos y encontréme un oso.

¡Qué oso, caballeros!
No he visto otro más grande ni terrible,
y los he visto fieros;
dió otro rugido horrible
que me sirvió de alerta,
y vino á escape con la boca abierta.

Yo me hallaba sin armas, y era duro
el lance y el salir de tal apuro;
pero el tiempo apremiaba,
el oso se acercaba;
era inútil huir, y era preciso
salir de aquel terrible compromiso.



Pepito Trápala.

Gracias á mi talento,
Feliz idea me ocurrió al momento,
Y con toda mi fuerza, que no es poca,
un pedernal le dirigí á la boca
con tanta rapidez y con tal tino,
que le debió llegar al intestino.
La sensación que le produjo al oso
le hizo dar una vuelta, y presuroso
y en la parte contraria á la cabeza,
con tanta ligereza
y tino tan certero
el otro pedernal halló camino,
que también penetrando en su intestino
llegó á encontrar al pedernal primero.

Á este choque, que estaba calculado,
saltaron chispas luego,
y á sus entrañas propagando el fuego,
el feroz animal murió abrasado.
Regresé á la ciudad, y por desquite
del susto que pasé, di el gran convite.
Á aquel lugar volvimos,
y asado como estaba nos comimos
Al oso horrible y fiero,
de que fui cazador y cocinero.

C. L. DE C.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Á UNA NIÑA.

Tan sólo una vez te vi
y una vez sola te hablé,
pero al punto comprendí
que el encanto que hay en ti
en nadie hallarlo podré.

Goza al verte el alma mía
y envidia también me das;
yo tu gracia y tu alegría
nunca las tuve, María;
no he sido alegre jamás.

Tú, bella niña, no sabes
cuánto bien te dan los cielos;
vives sin cuidados graves,
cual las flores y las aves,
sin inquietud ni recelos.

Ves deslizarse tu vida
venturosa y sosegada,
por el Señor bendecida,
por tus hermanos querida,
por tus padres adorada.

A Dios debemos pedir
que ningún dolor amargo
tengas nunca que sentir
cuando llegues á vestir
el ansiado traje largo.

Si este placer te alucina,
te entusiasmo ó te desvela,
es que tu afán no imagina
cuántas penas origina
media vara más de tela.

Sufren hombres y mujeres
pesar inmenso y profundo,
y es preciso consideres
que tan feliz como eres
no lo es nadie en este mundo.

Tienes un dón especial
que yo no logré tener
y que no alcanza el mortal
casi nunca por su mal:
sabes hacerte querer.

Yo al pensar en tí, María,
tan amable y cariñosa,
sin cesar exclamaría:

—¡No he encontrado hasta este día
niña más lista y graciosa!

JULIA DE ASEÑI.

LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES

LUIS VAN BEETHOVEN

Continuación (1).

Al sentarse al piano buscó con la mirada
á su padre, y le vió tan pálido y abatido, y
tan distinto de como le veía generalmente,

(1) Véase la pág. 352.

que el niño comprendió que si le faltaba
ánimo y aplomo, su padre iba á sufrir más
que nadie. Este cariñoso pensamiento le de-
volvió toda su energía; y como si hubiera
querido desafiar á la misma persona que
causaba su emoción y su pasajera debili-
dad, al colocar sus dedos sobre el teclado se
volvió á mirar á Leonor.

Esta permanecía sin moverse del mismo
sitio, con la mirada alterada y la misma
burlona sonrisa. Dos veces la dirigió su mi-
rada; una vez con aire de reconvención y
de tristeza, y la segunda sus ojos negros de-
mostraban su confianza y la conciencia de
su valer.

—Qué insensata es al despreciarme, pa-
recía decir, porque he nacido en una clase
inferior á la suya. Escúchame silenciosa; el
talento estrecha las distancias.

Leonor no pudo resistir la expresión de
aquella profunda mirada: inclinó la cabeza
y escuchó.

En el mismo instante, y sin preludios ni
preparativo alguno, ni esas formalidades
de costumbre que sirven al artista para
prepararse y reclamar la atención del audi-
torio, Luis hizo sonar únicamente tres acor-
des en el piano, y sin abrir los papeles de
música que tenía delante, tocó un trozo en
lâ bemol, con compases tan graves y pau-
sados, y cuya armonía estaba tan impreg-
nada de la profunda melancolía, de la aus-
tera tristeza peculiar á aquel extraño carác-
ter, que parecía, por decirlo así, que el
alma de los asistentes estaba suspendida de
los dedos de aquel joven y admirable prodigio.
Cuando sus dedos se detuvieron, se hu-
bieran podido contar los latidos de todos los
corazones, y se hubieran observado suspen-
didas todas las respiraciones para seguir es-
cuchando. En todos los semblantes se veía
retratada la más profunda emoción. En
cuanto á Mr. Beethoven, aquel hombre tan
insensible en la apariencia, derramaba abun-
dantes lágrimas.

—¡Bravo, bravísimo! exclamó el elector,
rompiendo el primero el silencio; habeis
tocado admirablemente. ¿Qué opináis de
esto, Mr. Junker? añadió el príncipe vol-
viéndose hácia un caballero sentado á su
izquierda, y que era un notable compositor.

—Opino como V. A., respondió en alta
voz el compositor; solamente que es lástima
que ese niño toque de memoria.

Estas últimas palabras llegaron hasta los

oídos de Luis, y no pudo ménos de echarse á reír.

—¿De quién es la composicion que acabas de tocar? le preguntó Mr. Neeffe.

—Mia, dijo Luis.

—Tuya! exclamó Mr. Junker; es imposible.

—No es imposible, respondió el profesor de Luis; este niño está muy práctico en la composicion; conozco ya tres sonatas para piano, unas variaciones para una marcha, que de seguro aceptarían como tuyas muchos compositores. Pero tengo que confesar que no conocía la pieza que acaba de tocar. ¿Cuando la has compuesto? añadió Mr. Neeffe, dirigiéndose á su discípulo.

—En este momento, contestó con un tono tan natural, que convenció á todos los concurrentes, excepto á Mr. Junker.

—¿A quién vas á hacer creer que es una pieza improvisada? Eso no es posible, dijo con aire de incredulidad.

—Repito que sí, caballero, respondió Luis, indignado al ver que se dudaba de sus palabras.

—¿Te atreverías á improvisar al instante sobre un tema cualquiera que yo te diera? le preguntó Mr. Junker.

—¿Y por qué no? dijo solamente el niño Beethoven.

—Vamos á verlo, con permiso de S. A., continuó Mr. Junker, levantándose.

Y escogiendo un tema de la música que se hallaba esparcida por el piano y poniéndose á la vista del jóven artista, le dijo de la manera más brusca:

—Ahora veremos lo que haces.

Luis se volvió á colocar al piano, y sin vacilar, con una facilidad admirable, tocó primeramente el tema, y despues, sin esfuerzo alguno, y como si jugara con las teclas, hizo sonar las más extrañas y preciosas variaciones.

—Te proclamo el maestro de todos! le dijo Mr. Junker con el entusiasmo de un gran artista, así que el niño hubo concluido.

Entónces, feliz y orgulloso con los elogios del príncipe y con un magnífico regalo que éste le hizo; con las felicitaciones y aplausos de los concurrentes, y sobre todo por la ternura y cariño que leía en la fisonomía de su padre, por cuyas mejillas se deslizaban lágrimas de placer, buscó entre los asistentes el rostro de Leonor. La burla, el orgullo, habían desaparecido de las miradas de la jó-

ven, siendo reemplazados por natural y tímido rubor.

—Caballero Luis, le dijo quitándose un ramo que llevaba colocado en el pecho, ¿queréis aceptar estas flores de mi jardín, en cambio de las lilas que me disteis hace seis años?

¡Ella le habia llamado caballero! Ella, que hacia un instante no sabía designarle sino por el niño Beethoven!... ¿Por qué en el espacio de media hora se habia elevado tanto el artista niño á los ojos de aquella criatura jóven y rica? ¿Luego el poder del talento, la magia del arte no son un sueño! Luis tomó el ramo; y él, que habia encontrado fuerza en su mirada para desafiar á aquella niña cuando insolente y orgullosa le anonadaba con sus sarcasmos, no sabía qué hacer cuando ella, á su vez, bajaba sus hermosos ojos azules por no encontrarse con los suyos, y fué á ocultar su emocion y su felicidad en los brazos de su padre.

—¡Hijo mio! le dijo éste dándole un cariñoso beso, hasta esta noche no sabía lo que valías; esta noche me remunera de tantas penas é inquietudes, y me tranquiliza por tu porvenir. Beethoven, continuó, dándole por vez primera este nombre, un día llegarás á ser el sosten de tu madre y de tus hermanos; no los olvides jamas, hijo mio.

Y no se redujo á esto los beneficios que dispensó el príncipe al jóven Beethoven; sabiendo que tenía afición al órgano, le nombró sucesor de Mr. Neeffe, con el título de organista de cámara, y le envió á pasar algunos años á Viena para acabar sus estudios teóricos bajo la direccion del célebre Haydn. Este acogió al jóven artista con alguna benevolencia, pero no pasó de ahí; no comprendió por entónces todo el genio que se encerraba en aquella alma. Mozart lo comprendió en seguida. Habiendo hecho Beethoven otro viaje á Viena en 1790, con el determinado objeto de ver y escuchar al autor de *Don Juan*, le suplicó aquél, segun su costumbre, que tocara lo que gustase. Beethoven improvisó lo que tocó. Como Mozart no demostrase llamarle la atencion, y se hubiese contentado con decirle al concluir: «Está bien tocado», Beethoven le preguntó qué opinaba de aquella composicion.

—No conozco el autor, le dijo.

—El autor soy yo, que improviso; replicó Beethoven; si dudais de ello, dadme un tema y vereis.

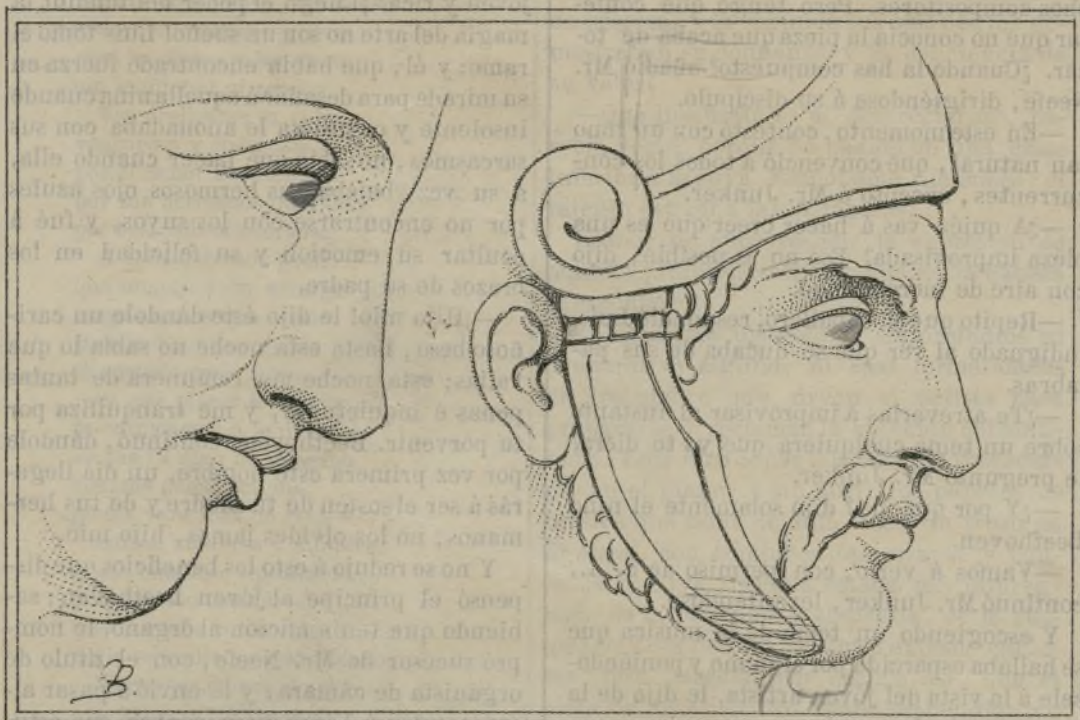
Mozart apuntó en el acto un motivo de fugas cromáticas, que tomadas al contrario, contenían un motivo para una doble fuga. Sin caer en el lazo que se le tendía, buscó Beethoven el tono oculto del motivo, le adivinó, y le trabajó durante tres cuartos de hora, con tanta originalidad y soltura y con tanto talento, que Mozart admirado, cautivado, contenía el aliento para no perder una

nota, y pasando de puntillas á la habitación inmediata, donde se hallaban reunidos sus amigos, les dijo.

—*Fijad vuestra atención en ese joven; algún día oiréis hablar de él.*

(Se concluirá.)

Un escritor de nuestros días, A. Dumas,



Elementos de dibujo.

ha formulado los siguientes preceptos de higiene física y moral.

- Camina dos horas todos los días.
- Duerme siete horas todas las noches.
- Levántate desde que te despiertes.
- Trabaja luego que te levantes.
- No comas sin hambre, y siempre despacio.
- Bebe para no estar sediento.
- Habla sólo cuando es menester, y no digas más que la mitad de lo que piensas.
- No escribas lo que no puedes firmar.
- No hagas lo que no puedes decir.
- No olvides nunca que los demás cuentan contigo, pero que tú no puedes contar con ellos.

CHARADA

No es buena *prima segunda*;
y *prima* con la *tercera*
en todos tiempos, lectores,
se tuvo por hechicera.
Tiene á *tercera segunda*
cualquier tenor de zarzuela
dar un *segunda* ó un *dó*
sin echar ántes las muelas.
Prima prima es lo primero
que los niños balbucean;
todo población de España,
donde ví la luz primera.

Solución de la charada del núm. 45:

ÓPALO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzales, Silva, 12.